

acaso con la mira de defenderse con mas ventaja que los papuas hayan escogido este género de construcción tan universal en todas las tribus que pertenecen á aquella rama? ¿Están en mejor disposicion para huir en sus navecillas cuando se verifica el ataque por la parte de tierra, ó pueden defenderse con mas ventaja cuando la expedicion enemiga se anuncia desde lejos y viene á caer por agua sobre ellos? Por último, la influencia deletérea del clima, y las grandes lluvias del invierno que los incomodan ¿contribuirán de algun modo para semejante determinacion? Todo inclina á creer que los primeros motivos son los únicos que les han hecho adoptar semejante género de construcción.

Todas las cabañas situadas á orillas del mar á mas de cuarenta pasos de la ribera, tienen algo de pintoresco, pero su construcción es abandonada y su apariencia miserable. Obligados á huir con harta frecuencia, no ponen los papuas cuidado alguno en unas habitaciones que el enemigo saquea ó destruye y que ellos reedifican sin muchos esfuerzos. Todas tienen la misma distribución interior, y están destinadas á alojar una numerosa familia: cada una se compone de dos hileras de aposentos que atraviesa un ancho corredor que va del lado de la mar á parar á una plataforma, y del lado de la ribera á una especie de puente de madera. Mas de un ciento de ramas de arboles clavadas en la arena y de quince á veinte pies de alto sustentan la casa y los maderos atravesados sobre los cuales ponen de cualquier modo el piso; pero ¡qué piso! imagínense unas ramas redondas cuales se les van á las manos, puestas sobre otras ramas horizontales, y tan poco aseguradas que no podíamos ir á aquellas miserables habitaciones sin tropezar veinte veces, á riesgo de rompernos la cabeza, ó de caer al agua. Tal es la manera con que

están construidas las plataformas y entablados los pisos. Aun peor es la construcción del puente, pues se compone de dos ó tres maderos colocados sobre cada travesaño, y que se quitan de noche, de modo que los propietarios puedan estar enteramente aislados y dormir tranquilos. Su costumbre de andar sobre aquellos maderos vacilantes bajo nuestros pies contrastaba singularmente con nuestra torpeza. No obstante, algunos papuas se han tomado el trabajo de poner tablas ó pedazos de madera hendidos en el corredor central. Los aposentos que dan á él están divididos en una multitud de celdillas de singular desaseo, destinadas á diferentes servicios de la familia: la mayor sirve de cocina, y no es digna de mencion sino por una meseta sobre la cual está el hogar en medio: el humo sale por los intersticios como puede: algunas vasijas adornan aquella tasageria. Las otras habitaciones están destinadas á las mugeres. La del jefe de la familia es la mas adornada: una estera de vacua tendida sobre el suelo sirve de cama para dormir y de sofa por el dia: otras cuatro esteras del mismo tegido, mal cosidas, pero muy pintadas de encarnado y negro, sirven de colgaduras de aquel grotesco gabinete. Detras de esta habitación de lujo está la morada de los dioses de la familia, que consisten en ídolos esculpidos cubiertos de harapos sucios y hediondos.

Los tabiques ó paredes son de tablitas de bambú, y los techos de hojas de pandanus. Cada aldea tiene á su inmediacion muchos agujeros donde van los habitantes á coger agua dulce que guardan en grandes canutos de bambú. Estas casas colocadas sobre el agua son frescas interiormente, y deben ser sanas. Es desagradable que por la negligencia de sus propietarios estén tan sucias y mal construidas.

El lugarejo de Dorery no tenia habitantes mien-

tras estuvimos allí: acaso nuestra vecindad los había echado de él. Algunos naturales nos dijeron que no estaba destinado mas que á recibir á los papuas forasteros del Norte que acuden á comerciar con los buques chinos, malayos ó europeos que de tiempo en tiempo fondean en aquella costa. Efectivamente, vimos á los naturales que procedían de lejos, que se instalaban allí para comerciar con nosotros, y despues volverse tranquilamente á sus distritos. Este lugarejo venia entonces á ser un mesón destinado al que primero lo ocupaba.

Masinamy tiene una poblacion bastante considerable y unas treinta cabañas sobre el mar. La orilla de la isla Mamasoary está guarnecida de cocoteros, al paso que su meseta está llena de plantíos y de árboles magníficos. Allí abunda con profusion la amarantina (*gomphrecena globosa*) y la bella ponciana. Muchas especies de pimientos abundan espontáneamente. El lugarejo de Masmapy está casi todo habitado de pescadores. Cuando se atraviesa aquella isla se encuentran muchos plantíos de taro (*arum esculentum*). Los algodoueros y ricinos son allí muy comunes, y tambien se ven algunos sepulcros erigidos por los naturales.

Tales son las principales poblaciones de Dorery. Algunas otras habitaciones esparcidas han sido abandonadas á consecuencia de guerras muy recientes. Los arfackis ó montañeses, tienen un modo de alojarse aun mas extraordinario acaso que el de la poblacion ribereña. En una escursion que hicimos al interior, descansamos en dos casas de arfackis, situadas en la montaña á dos millas de Dorery. Al desembocar debajo de los bosquecillos de cocoteros de aquel lugar, se encuentra enfrente de la última cabaña una graciosa senda bien trazada que conduce despues de mil rodeos, en medio de hermosos árboles, al pie de una alta

columna madreporica cubierta de una espesa capa de un humus eminentemente vegetativo. Varios árboles grandes cuyos troncos estan por tierra, sirven de puentes naturales para pasar por encima de algunas grietas del terreno. Al pie de la pequeña cadena hay numerosas plantaciones de platanos y de batatas. Las yerbas se apoderan de ellas porque los naturales no se cuidan de destruirlas. El camino se eleva bastante repentinamente; los plantíos se multiplican, entonces se atraviesa un terreno cuadrado cercado con una empalizada, y sobre la cima de la montaña está situada la habitacion del papua montañés. Esta cabaña no tiene mas que un punto de ingreso, y aunque la naturaleza la ha fortificado, el instinto ó la desconfianza de los habitantes los ha obligado á recurrir al recurso de ponerla sobre muchos pilotines de veinte á veinte y cinco pies de alto. Estas cabañas aéreas son, pues, inabordables, á no ser que se emplee para subir á ellas un renuevo de bambú con muescas que se quita de noche. De este modo duermen los habitantes con tranquilidad, y pueden defenderse con ventaja en caso de verse atacados, y sin temor de ser sorprendidos. Estas casas aéreas son mucho mas reducidas que las que están construidas en el agua, pero su distribucion es igual. Se entra por una puerta muy pequeña, y el suelo no es mas solido ni mejor construido que en las otras. Por el lado opuesto al de la entrada tiene una especie de balcon que mira á la vertiente rápida de la montaña, que en aquel sitio tiene mas de ciento cincuenta pies de profundidad cortada á pico. Como el edificio temblaba cuando íbamos por él, debemos confesar que no íbamos sin miedo al pasar por aquel tablado de unas á otras habitaciones de aquel nido de la especie humana. Cuando llegamos á la casa, salieron con precipitacion los habitantes, se armaron con sus flechas y

aparentaron defender el paso amenazando con tirarnos. Algunos regalos y la palabra *bati* les inspiraron demostraciones mas amistosas. Entonces nos recibieron con una especie de agasajo y nos ofrecieron batatas asadas en el rescoldo. Uno de ellos nos acompañó á la montaña, cerca de un manantial de agua muy fresca que corre en abundancia por un barranco. Nuestro guía dió un gran grito á que contestaron otros papuas. Era sin duda una llamada, porque muy en breve nos vimos rodeados de naturales. A algunos pasos de allí, sobre una altura, estaba tambien su cabaña colocada como la primera sobre muchos pies derechos. A una señal que hizo el propietario, vimos que las mugeres se ocultaron á toda prisa, pero aun mayor fué la que emplearon para mirarnos por las rajadas de los tabiques. La parte inferior de los pilares que sostenian la cabaña estaba cerrada como un parque hasta la altura de un hombre, y servia para encerrar algunos cerdos caseros, y cuya especie montaraz habita en los bosques.

Aquellos naturales pegan fuego á los árboles cuando quieren despejar algunas porciones de terreno. Mantienen el fuego que debe consumir los troncos que caen por tierra, y plantan en seguida batatas, judías, maiz, y sobre todo una especie de mijo de que gustan mucho, y plantan calabazas, árboles de pan, plátanos, papayeros, etc. Por algun tiempo seguimos la senda que serpentea sobre la meseta de aquella alta colina, á pesar de las instancias que hacian los habitantes para oponerse. Despues supimos que aquella sonda iba á parar á un lugarejo que estaba en la costa enfrente de Dorery. Volvimos atras con gran placer de nuestros guías, que mostraban singular destreza para descubrir insectos ó hallar en los mas espesos matorrales la caza que matábamos nosotros.

Los papuas mestizos é híbridas, cuyo aspecto es tan miserable y que previene tan poco en su favor, se

componen de hombres libres y de esclavos. Estos, robados por traicion ó por sorpresa en las tribus vecinas, sirven en las casas, se ocupan en preparar el alimento de sus amos, se ocupan en la pesca y en los trabajos mas penosos. A cada instante pueden mudar de dueño, y este estado les parece muy natural; pero por lo general se les trata con dulzura, es decir, que su esclavitud no se hace mas penosa por el mal trato. Poco tiempo antes de nuestra llegada, los habitantes de la costa Nordeste habian dirigido una expedicion contra la poblacion de una isleta situada en el estrecho de Dampier, habian muerto á los guerreros y habian hecho esclavos á los demas habitantes de ambos sexos. Uno de aquellos isleños, á quien tuvimos proporcion de ver, llevaba en su fisonomia las señales mas evidentes de una violenta y concentrada tristeza.

Los habitantes de Masinanoy sufren frecuentes alarmas. En tiempo en que estábamos allí, algunas piraguas lejanas pero amigas, vinieron de la tierra grande, montando la punta Sur para comerciar con nosotros. Los papuas de Dorery las tomaron por piraguas de *alfurus* ó *endamengs*, porque tenian velas blancas: dieron grandes gritos, se reunieron tumultuosamente armándose con arcos y flechas; y entre tanto se embarcaban en las piraguas las mugeres y los niños con víveres y sus efectos mas preciosos. Al cabo de algun tiempo se disiparon sus recelos. Aquella notable escena se renovó muchas veces, porque los que estaban á bordo de nuestro buque se ponian en salvo á toda prisa espresando con sus gestos que no se trataba de nada menos que de perder la vida si caian en manos de los *alfurus*. Por lo demas, los papuas de Dorery nos enseñaban con orgullo y como un trofeo, una docena de cráneos de los hombres del interior que ellos habian muerto en un ataque de aquella clase. Aquellos cráneos bien conservados, estaban colgados

de la parte de afuera de las casas. La ocasion era harto buena para desperdiciarla: asi es que la vispera de nuestra salida nos apoderamos por la noche de aquellos cráneos cuya descripcion anatómica ya hemos dado.

Los mas de los papuas llevan las señales indelebles de los ataques de las emboscadas que reciprocamente se tienden unas tribus á otras. Pocos hay que no tengan cicatrices de heridas que se hacen con las flechas que disparan con maravillosa destreza, y hay algunos que estan cubiertos de ellas. Asi es que un papua está de tal manera acostumbrado á defenderse á cada instante de su vida, que no da un paso sin llevar consigo un careax bien provisto de flechas y á lo menos dos arcos tirantes. El pescador que solo en su débil piragua harponea el pescado, no se olvida jamas de este medio de proteccion. Todas las embarcaciones que acudian á comerciar atracadas al costado de la corbela tenian considerables provisiones de ellas, y de las que solo vendian las que no necesitaban. Es sorprendente que no hayan procurado algunos papuas hacerse con armas de fuego y municiones macho mas poderosas que las que ellos usan: mas por el contrario se ve que les inspiran miedo, y hay pocos que se atrevan á disparar un fusil. Por lo demas no es probable que aquella costumbre de hacerse acompañar por un aparato de guerra no sea mas que un inútil simulacro, es menester por necesidad que el temor y la necesidad de servirse de ellas les impongan una ley de hacerlo asi.

Los papuas van enteramente desnudos, se cubren tan solamente las partes naturales con una estrecha hoja de plátano. El maro de las mugeres es algo mas ancho y se compone de un pedazo de tela azul de Surate, sobre la cual se ponen una especie de ceñidor encarnado de la misma tela. Algunos mahometanos

se ponen en la cabeza pañuelos que adquieren en cambio de sus mercancías y que colocan á manera de turbantes. Los que llevan camisa y calzoncillos son los traficantes acostumbrados á navegar en las Molucas ó en las costas y que se dan el titulo de *capitans*. Los papuas para preservarse de la lluvia no se sirven mas que de esteras de vacua y sombreros á la chinesca hechos con las mismas hojas. Algunos de aquellos sombreros estan artísticamente hechos y adornados con colores muy vivos que forman dibujos muy regulares y con pedazos de talco. Los papuas por lo demas hacen poco caso de las telas á no ser que sean ligeras y cargadas de colorines al gusto chinesco. Prefieren el dinero á cuanto hay, y aun un solo peso á muchas varas de tela. Los malayos sin duda les han comunicado el desenfrenado deseo que manifiestan por el dinero, porque estiman casi lo mismo la hoja de lata que se le parece. Estos dos metales contribuyen á su adorno, con los que se hacen anillos y brazaletes. Ciertos naturales llevan en las muñecas brazaletes de plata maciza, que valen muchos pesos; los hay redondos, estriados, cargados de dibujos, y que no forman mas que las dos terceras partes de un círculo, á fin de poderse los quitar y poner cuando quieren. Los papuas gustan generalmente de los objetos que pueden servir de adorno; usan como los naturales de la Nueva Irlanda brazaletes de marfil que ellos llaman *saufur*: los de los distritos á imitacion de ellos se perforan el tabique de la nariz para ponerse un palito. El mueble indispensablemente necesario para todos es un largo peine de bambú ó de madera que se meten en el pelo y que adornan con dibujos, pedazos de nacar, ó largas plumas que ondean en la cabeza. Algunos habitantes tenian en la estremidad del tal peine una cabeza de papua muy bien hecha en pequeño y cubierta tambien con su cabellera heriza:

da. Por lo comun llevan colgados al cuello pedazos de madera envueltos en trapos, que reputan como sagrados: les llaman *aa*, y creen firmemente cuando han dicho algunas palabras entre dientes, y hecho un simulacro que se acerca al signo de la cruz de los católicos, que aquellos ídolos (porque á veces les dan la fisonomía humana) gozan de la propiedad de preservarles de las heridas de sus enemigos ó de curarlas prontamente. Parece que aquellos amuletos son una especie de voto que hacen cuando se hallan en algun peligro y no le abandonan despues jamás.

Los papuas emplean tambien el dibujo picado que llaman *panaya*; solo se compone de ligeros lineamentos, que resaltan poco sobre una piel negra. Regularmente se reduce á algunas líneas en la frente y en el pecho. Las mugeres se pican mucho mas que los hombres, y se cubren la cara, el pecho y las espaldas de dibujos ligeros y delicados. El uso de mascar el betel se ha estendido muy poco, y solo lo usan los descendientes de los malayos. Pero lo que generalmente siguen todos los papuas indistintamente, y lo que es propio de la raza oceánica, es la moda de hacerse cicatrices que formen realce en el pecho y en los brazos. Los jóvenes de ambos sexos que no han llegado á la edad de la pubertad van absolutamente desnudos.

Aquellos naturales no saben preparar tela ninguna: las que usan las adquieren de los traficantes indios. Compran susmaros á los *arsackis* y sus telas á los malayos y á los chinos. Su única industria consiste en esteras de hojas de pandanus que recortan á veces con mucha maestria. (1) Por lo demas indolentes y perezosos, sin industria perfeccionada, viven los

(1) Lo que es notable es la viveza de los colores que emplean para teñirlas. El rojo y el amarillo son brillantes; el

papuas en una profunda apatía, y no han conservado mas que los métodos necesarios y encargados á las mugeres para fabricar las vasijas, que estan tan bien hechas como las de los alfareros de Europa, y emplean para ellas una arcilla gris muy dúctil que amasan con esmero y en su mayor estado de pureza. Con la ayuda de una piedra redonda hacen la parte interior, despues la exterior que adornan con algunos dibujillos. En seguida ponen las vasijas al sol donde se endurecen suficientemente, y á veces se logra cocerlas con un fuego claro de leña menuda que cortan espresamente. Esta vasijeria se llama *urpne*.

Los papuas tienen un gusto particular para cortar la madera, hacer de ella los ídolos que ponen sobre sus sepulcros ó en sus casas. La proa de sus piraguas está ordinariamente cargada de esculturas de un gusto sigular y grotesco. Sus almohadas (1), como las de los papuas de la isla de *Uarido*, son de madera dura trabajada con esmero.

Los muebles de uso diario son pocos, y llaman la atencion mas bien por la infancia del arte bajo cuyas reglas se han hecho, que por su elegancia. Consisten en vasijas de barro para cocer sus alimentos, en otras de madera para servirlos, en bambúes cuyos tabiques nudosos perforan para que contegan mayor cantidad de agua, en nautilos que sirven de vasos para beber, en canastos ó sacos de paja pintados y entrenzados para guardar los víveres secos, particularmente las legumbres. Algunos adornos ordinarios y de mal gusto ocupan los sitios mas visibles de la ca-

negro lo sacan de una frutilla pequeña redonda y aglomerada que se cria en sus bosques.

(1) Aquellas almohadas en que frecuentemente se ven esculpidas, mal fraguadas, cabezas de esfinge, se encuentran muy á menudo debajo de las cabezas de las momias de Egipto. Esta analogía es de las mas notables.

baña, y sirven sin duda en épocas interesantes, séase en algunas ceremonias religiosas, ó en los bailes y en los juegos. El adorno que mas llamó nuestra atención fué un casquete cargado de rosetones y flores artificiales de varios colores que imitaban flores de lís, y análogas á las coronas de las ceremonias religiosas de la procesion del Corpus entre los católicos romanos. La misma forma, la misma disposicion y el mismo gusto presidieron en su hechura; y si á esto se agrega un verdadero signo de cruz que los naturales practican con los amuletos que se cuelgan al cuello, el conocimiento de un dios bueno y el de un espíritu maligno, un gran respeto á los muertos y á sus sepuleros, se caerá en la tentacion de hallar en estas costumbres algunas de las prácticas de los abisinios que profesan la religion católica. En cuanto á los verdaderos papuas, son idólatras en toda la estension de la palabra, aunque durante nuestra mansion no pudimos penetrar ninguno de sus pensamientos sobre la religion ó sobre alguna de sus costumbres en las épocas mas señaladas de la vida.

El único instrumento músico que vimos fué el tam-tam, que es una especie de tambor muy comun entre los pueblos de raza negra. Su forma es análoga á la del tam-tam de los habitantes de la Nueva Irlanda. Es un cilindro hueco de una sola pieza que se va adelgazando á una estremidad y que está cargado de algunos adornitos. Una piel de lagarto está estendida en la abertura de mayor diámetro, y la opuesta queda cerrada. Tocan con la mano sobre aquella piel que vibra y cantan al mismo tiempo. Pero como el caracter de aquellos pueblos es melancólico, sério, entregado á la desconfianza, uno solo de aquellos naturales tuvo á bien darnos una muestra de su habilidad, que nada tenia por cierto de atractiva. Rara vez se ve la sonrisa en los labios de los papuas, ni entregar-

se á la alegría: su fisonomía conserva siempre alguna cosa del temor y de la barbarie que comprime su alma y la deshonra.

Las mugeres están encargadas de los trabajos mas duros. Muchas veces cuando visitamos el lugar, las vimos ocupadas en fabricar vasijas, trasportar cosas de peso, ir por agua, componer la comida. Acompañan á sus maridos cuando van á pescar y manejan las piraguas. Algunas se acercaron á la corbeta, pero cuando sus maridos habian subido las despedian, y obligaban á aquellas desgraciadas á remar durante medio dia á distancia de dos cables de nuestro buque, á fin de evitar todo contacto con nuestros marineros.

No consideran á las mugeres mas que como criaturas de un orden inferior, y cuando mueren las entierran sin ceremonia al pie de sus maridos, sin ponerles sobre la tumba mas que algun idolillo y algunas vasijas desportilladas, al paso que la de los hombres se hace con mas esmero y se compone de una arazon cubierta con un techo de vacua guarnecida de rampas de madera con calados. Cubren el suelo escarvado con esmero con muchos idolos, y varios pedazos de tela puestos en otros tantos palos, sirven de estandartes. Con todo, no vimos este último adorno mas que en un solo sepulero de la isleta de Masmapy.

La poligamia está autorizada en las costumbres de los papuas, y algunos han tomado de los malayos ideas muy absurdas del mahometismo. Su religion parece una mezcla de *fetichismo* y de *idolatría*, acompañada de ritos supersticiosos y ciegos, unidos á ideas bastantes claras sobre la resurreccion de las almas, y sobre una vida eterna y feliz. El gran respeto que tienen á los manes de sus parientes y amigos, el cuidado que tienen de sus sepulturas, no pueden

provenir mas que del consolador pensamiento de una vida futura. Los idolos que conservan con cuidado y en sus casas, son el objeto de sus invocaciones y rezos, y acaso tengan algunos que representen el genio del mal y el dios eminentemente bueno y benéfico. Dificil nos seria poder penetrar con qué mira han elevado el idolo que trajimos, y que se ve actualmente en el Museo: aquel idolo estaba conservado con cuidado en un pequeño aposento secreto de una caña grande, y representa á un hombre sentado, de dos pies de alto. La cabeza es una meseta de madera sobre la cual se ha puesto un cráneo humano entero y bien conservado, y para reemplazar los ojos le pusieron unos pedazos de nácar redondos y unas capas de betun para imitar las carnes del rostro. Esta pieza singular debe recordar algunas ideas místicas, cuyo sentido nada hay que pueda descubrirnos. Esta escultura estaba rodeada de idolos mas pequeños, y todos estaban revestidos con pedazos de lienzo ahumados. Resta saber si es el cráneo de un abuelo ó de un padre que la familia veneraba, y cuya memoria le es cara, ó si es un holocausto ofrecido á Moloch en la posesion del cráneo de un enemigo condenado á muerte. En efecto: ¿están los papuas en la creencia de que privan á sus adversarios de una vida feliz cuando esponen sus cabezas sobre una pértiga en sus casas? ¿ó no hacen de ellas mas que un trofeo que amenaza con una suerte igual á cualquiera que intentase atacarles? Algunas de sus horrosas costumbres se encuentran en las islas grandes de la Sonda y de las Molucas.

La abundancia de víveres hace cómoda y agradable la vida de los papuas de Dorery. Su principal alimento es el sagú, que cuecen en forma de panes aplastados y cuadrados ó bien en hojas. Tambien preparan de esta última manera el pescado, que por este

medio adquiere un gusto delicado. Acostumbran tambien hacer tasajos y secar la carne de los animales, las de los tollos y holoturras. Tienen el mismo método que los habitantes de Waigiu, de no cocer los alimentos principales sino con el calor que se pide un hogar sobre el cual los colocan. Cuecen los guisantes, las judias que cultivan y de que hacen provisiones que guardan, así como de maíz y de mijo. Asan en el rescoldo las batatas que son escelentes, los plátanos y los taros. Encienden el fuego con la mayor presteza frotando un pedazo de madera sobre otro de bambú. Tienen unas varas largas de resina de *damnar* para alumbrarse; y cuando navegan en sus piraguas, tienen siempre un tizon para encender sus cigarros que lian en una hoja de vacua, de que hacen gran consumo, porque casi siempre están fumando. Aquellos pueblos hacen tres comidas, y duermen despues de la del medio día. Cada comida es muy larga, y concluye con una especie de abluciones, porque acostumbran a lavarse con esmero la boca y las manos. No beben mas que agua pura, aunque muchos de los que han tenido relaciones con los europeos pedian licorales alcohólicos de que se bebían grandes vasos sin respirar; pero los mas de ellos no querian probarlos, y temian la embriaguez que es consiguiente.

Es el único pueblo á quien vimos comer no solo la almendra ó carne de los cocos, sino tambien la corteza que la envuelve. En efecto, cuando los cocos son nuevos y tiernos, aquella corteza tienen el gusto del troncho de la col de Europa.

De aquella vida activa y natural, han adquirido los papuas, como todos los hombres estacionarios en su civilizacion, unos sentidos muy perfeccionados, un instinto animal de grande estension, al paso que la civilizacion ha hecho perder estas ventajas al hombre social haciéndole adquirir en cambio un de-

sarrollo mayor de entendimiento y de genio. Su vista es muy penetrante; y su mano segun el movimiento del ojo, lanza las javelinas de tres puntas, que describiendo una ligera parábola, tocan al pescado á cierta distancia. Los papuas nos dieron frecuentemente á conocer su destreza alrededor de nuestro buque entregándose á esta pesca. Tambien se sirven de varias clases de redes y de nasas; pero para los pulpos emplean el mismo género de instrumento en forma de campana y con puntas que vimos muy comunmente en manos de los naturales de la Nueva Bretaña. Nadan bien y mucho tiempo, y zabullen para buscar conchas: y tienen la costumbre de permanecer debajo del agua mucho mas tiempo del que podria estar un buzo de Europa. Vimos á un papua zabullir á mas de sesenta pies, y desprender las redes de nuestros pescadores que se habian enredado en los corales.

Sus armas son las flechas y las javelinas de madera muy dura, que tienen en el extremo un pedazo de bambú aguzado en forma de punta de lanza, por debajo del cual pende un manojó de plumas de ca-soar. Pero el arma en que mas confianza tienen los papuas es la flecha, que siempre llevan consigo por paquetes que contienen millares de ellas. Las unas, que son las ordinarias, no tienen mas que una punta de madera aguzada; las otras son tambien pedazos de madera dura con la punta muy aguda y formando dientes de sierra, cuya herida es peligrosa. Las mas grandes están guarnecidas con hojas de hueso ó con puntas de lo mismo aguzadas de diversos modos. Sus varetas tienen varias clases de adornos hechos al fuego: envuelven las puntas con una resina encarnada. Aunque es necesario mucho tiempo para fabricar aquellas flechas, las vendian por muy poco, y parece que tenian hombres ocupados en este género de trabajo esclusivamente. Sus arcos son de bambú y

las cuerdas de roten. Algunos arcos contruidos con mayor esmero son de madera dura y clástica, y con aros de trecho en trecho. Los papuas tienen una punteria muy certera y sus flechas van á dar al blanco á grandes distancias, ó cuando aquel es pequeño pasan muy cerca de él. Algunos arcos mas delgados y flechas de varetas de palmera brasileña sirven para cazar pájaros preciosos, que van á esperar al anochecer cerca de los árboles sobre que acostumbra dormir y les tiran desde muy cerca.

Los papuas ribereños gustan de la navegacion, y se dedican á ella con tanto mas gusto cuanto que por ella pueden proporcionarse un aumento de víveres, y asegurar al mismo tiempo su independencia contra los ataques de los habitantes de lo interior. Sus piraguas navegan por unas costas bañadas por un mar ordinariamente pacífico y en calma, y van de punto á punto á traficar con las tribus amigas. El tamaño de sus piraguas es vario, y las hay tan pequeñas que no pueden llevar mas que á un hombre solo: las que sirven para los viages largos pueden contener hasta diez remeros con una buena porcion de víveres, agua y efectos de comercio. Las piraguas que tienen en medio una especie de puente ó cubierta muy ligera tienen dos balancines, sobre los cuales hay unos travesaños en que se apoyan los mástiles con sus velas y sus aparejos. Un solo tronco de árbol ahuecado sirve para su construccion, y las hacen tambien muy grandes con los árboles gigantescos que abundan en sus bosques. Una de las que atracaron á bordo tenia mas de sesenta pies de largo, y nos admiramos del tamaño del gigante vegetal de que se habia sacado. Cada poblacion posee algunos corocoros mas grandes cubiertos con un techo de hojas y formados con tablas reunidas y dadas de resina. Hacen las velas con unas pleitas de hojas de vacua ma-



lamente unidas; los remos no se diferencian de los de Waigiu. Cuando van de viage encierran los papuas su provision de agua dulce en bambúes y arriban al primer punto de la costa para hacer sus comidas.

Los papuas de Dorery tienen la mayor inclinacion al comercio; saben sacar partido diestramente de las ganas que manifiesta el comprador de poseer lo que ellos tienen. Su paciencia es á toda prueba; y su tenacidad para sacar el precio que se han propuesto, no cede á consideracion alguna. Su indecision es enojosa, y con frecuencia carecen de ideas acerca del valor de lo que tienen; lo mismo piden un peso por un pájaro del paraíso que por una cesta de guisantes.

Tienen suma pasion al dinero y conceden el segundo lugar á la hoja de lata cortada á tiras, ó á las navajas de afeitar. Los cuchillos grandes que usan, y de que hacen mucho aprecio, proceden de las Molucas, particularmente de Ternate, y son una especie de hachuelas que emplean con utilidad en sus construcciones y aun en defenderse. Reciben con gusto lienzo y telas de algodón encarnadas y azules con cuadros grandes, espejillos, vasos de vidrio, y pañuelos encarnados; pero no hacen el menor aprecio de nuestras hachas, herramientas de fierro, sierras, etc., cuyo uso ignoran.

La lengua de los papuas ribereños, de quienes se trata en este artículo, está hace mucho tiempo corrompida por las voces malayas que se han introducido; porque muchos naturales hablan muy bien esta lengua que se ha extendido en toda la Polinesia, y que es indispensable para navegar y viajar por en medio de las islas de aquella parte del mundo.

CUADRO FISICO DE LA NUEVA HOLANDA.

La mayor parte de los geógrafos dan el nombre de *Nueva Holanda* á aquella inmensa isla ó mas bien continente que se estiende en el hemisferio austral, entre los ciento once y ciento cincuenta y un grados, treinta minutos de longitud Este, y entre once y treinta y nueve grados, quince minutos de latitud Sur, y que parece que forma el lazo de ponderacion del globo, avanzando hacia el Sur, como lo hacen las estremidades meridionales del Africa y de la América. Este continente, que es el que mas recientemente ha salido del seno de las aguas, y que hablando con propiedad podria llamarse Nuevo Continente, ha sido llamado por muchos geonógrafos *Natasia* y *Australasia*; pero llevando este consigo una idea falsa ha sido mudado por los ingleses en el de *Australia* que es mucho mas eufónico y conveniente.

La Nueva Holanda, llamada así por el país á que pertenecian los primeros navegantes que la descubrieron, ha sido mirada por mucho tiempo como un vasto continente que se estendia hasta ce. ca del polo, destinado á reemplazar las masas de tierra que constituyen la mas grande parte del hemisferio Sur, y á formar un peso que los antiguos autores de las teorías de las tierras creian indispensable para el equilibrio del globo en sus revoluciones con el sol: llamabanlas las *tierras australes desconocidas*.

La Nueva Holanda comprende en su mayor extension del Este al Oeste, mil leguas poco mas ó menos, y de Norte á Sur, desde el cabo Yorck al promontorio Wilson, seiscientos veinte y cinco leguas; de modo que su perimetro tiene mas de tres mil doscientas y